

DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 19, 4-8): *¡Levántate, come!*

Salmo (33, 2-3.4-5.6-7.8-9): *«Gustad y ved qué bueno es el Señor»*

2ª lectura (Efesios 4, 30-5, 2): *Sed buenos y comprensivos.*

Evangelio (Juan 6, 41-51): *Yo soy el pan de la vida.*

O bien las personas somos hoy más frágiles o el mundo en que vivimos es más inhóspito. Hay demasiada presión sobre el individuo como para que la vida no nos resulte más incierta. Las causas son muchas y ninguna explica totalmente la situación. Es evidente que la precariedad laboral o el desempleo no ayudan a la estabilidad de las personas y las familias, pero también es innegable que la cultura del consumo, el afán de poseer y el individualismo egoísta determinan notablemente los sentimientos, las actuaciones y aspiraciones de todos.

El fuerte cambio de valores y la actual situación sociocultural están generando una grave soledad en el sujeto que se convierte en un superviviente de este mundo difícil. Está solo, como un náufrago, rodeado de soledades. Curiosamente, cuando el mundo tiene más medios se diluyen los fines. Así es más difícil vivir.

*En cualquier caso todos estamos invitados a poner manos a la obra para mejorar no solo la calidad de vida, sino la ilusión por vivir. Tenemos que recuperar fuerzas para afrontar los auténticos valores que dan buen sentido a la vida. Nuestra vida está interrelacionada; ni estamos solos, ni podemos estarlo. Cada mañana se abre ante nosotros el buen camino de vivir, **¿sabemos transitar por él?***

En medio de esas dificultades, Dios camina a nuestro lado, aunque no lo veamos, aunque no le escuchemos, aunque no lo sintamos. Vengan bien o mal dadas, con aplausos o abucheos, en tiempo de lágrimas o de risas... el Señor está cerca. Su compañía no determina el éxito o el fracaso, pero sí nuestra experiencia. Él no es un seguro contra la adversidad, sino un buen amigo que está a nuestro lado y que nos acompaña, a pesar de los problemas. La riqueza del creyente es reconocer a Dios que se hace presente en nuestra vida. Ahora bien, para poder reconocerlo es importante pararnos, respirar, escuchar y sentir; solo así descubriremos su discreta y absoluta presencia.

Jesús de Nazaret, su vida y su mensaje, cautiva hoy a infinidad de hombres y mujeres en todo el planeta. El tesoro de la comunidad cristiana es saber y sentir que Jesucristo es el centro de la Iglesia y que su misión da sentido a nuestro quehacer. Cada domingo nos reunimos en torno a su Palabra, que ilumina nuestra vida, y en torno a la Eucaristía, que alienta nuestra acción. Somos el Pueblo de Dios, somos comunidad creyente, somos una gran familia con lazos de fe. La celebración de la Eucaristía nos transforma y nos convierte en piedras vivas de la Iglesia.

Formamos parte de la familia de Dios, de la comunidad creyente, somos miembros del cuerpo de Cristo y Él está a la cabeza. La Iglesia y todos nosotros intentamos significar y hacer realidad hoy las palabras y las acciones de Jesús. Palabras y acciones son un auténtico testimonio de fe personal y comunitaria, de toda la Iglesia. Juntos seguimos la misión que el Señor nos encomendó: **«Hacer discípulos de todos los pueblos»**.

Sentimos que nuestra vida no es solo nuestra, es de Dios. Nuestras acciones no son solo nuestras, son de Dios. Nuestras palabras no son solo nuestras, son de Dios. Alimentados y transformados por Jesucristo ponemos en sus manos toda nuestra existencia que está llamada a ser signo y sacramento del Señor. Alimentados y revestidos por Él, somos sus testigos hoy. Nuestra vida y nuestra misión es universal y para siempre.

Soñamos con un mundo como Dios lo ha imaginado. El deseo de Dios es la vida de las personas y un mundo siempre nuevo. Nosotros somos colaboradores de Dios, y nuestro testimonio va más allá de las palabras. San Pablo nos anima a ser **«buenos, comprensivos, perdonándoos unos a otros como Dios nos ha perdonado»**. Son magníficos consejos para un mundo complejo. Un elogio de la sencillez y de los valores básicos e imprescindibles de la vida. Nuestra referencia es Jesucristo, su vida, su mensaje, sus sentimientos... nuestra respuesta es el compromiso con el Evangelio y con el proyecto de Dios.

Solo nos mantendremos fieles a la misión si estamos auténticamente enraizados en Jesucristo. Alentados y alimentados por Él, sabiendo y sintiendo que somos parte de su pueblo, e ilusionados por su misión: que el mundo crea, que las personas tengan vida, que todos descubran la Buena Nueva de la Salvación. Que Dios nos siga alentando y que la Eucaristía sea auténtico alimento para ser testigos del Señor.